PERSONAJES Y EVENTOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Lección 6

PEDRO, SUS ESCRITOS, HEBREOS, JUDAS Y SANTIAGO

PEDRO: Mi nombre es Simón hijo de Jonás de Betsaida, una pequeña ciudad pesquera cerca del Lago de Galilea. Hombre de poca instrucción formal. Soy pescador como mi hermano Andrés y mi padre Jonás. Con Santiago, Juan y su padre Zebedeo formamos una sociedad pesquera económicamente firme.

Fue Andrés quien me llevó a Jesús, después que me dijo haber hallado al Mesías. Al instante de verme Jesús me dijo; “Tu eres Simón hijo de Jonás, tú serás llamado Cefas--es decir Pedro”, que significa piedra. Muchas veces me pregunté--¿porqué me dio el nombre piedra? ¿Sabía Jesús que yo era hombre testarudo, quien sin comprender contesté como alguien que lo sabe todo? Sabía El que soy duro como una piedra con extraños, especialmente con los gentiles, los no judíos?

A pesar de mis debilidades Jesús me invitó ser su discípulo y llegué a ser uno de los Doce Apóstoles. ¡Cuánto le agradezco a Jesús aceptarme y seguir confiando en mí, aun cuando cometí muchos errores durante mis años con El!

MODERADOR: Cuéntanos algunas de tus experiencias con Jesús.

PEDRO: Jesús había alimentado con cinco panes y dos peces a cinco mil hombres sin contar mujeres y niños. Nos hizo entrar en la barca e ir a la otra ribera. Después de despedir a la multitud subió El a un monte a orar, mientras que nosotros, debido a la fuerte tormenta, estábamos seguros que nos íbamos a hundir.

De repente vimos lo que pensábamos era un fantasma caminando sobre las aguas. ¡Qué susto más nos llevamos! Pero Jesús nos habló y dijo: ¡Tened ánimo! Soy yo, no temáis! Me animé tanto que dije: “Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre el agua!”

Cuando me dijo “Ven” descendí de la barca y caminé sobre las aguas hacia Jesús. Pero al sentir el fuerte viento, tuve miedo y comencé a hundirme. Entonces grité: “¡Señor, sálvame!” Al momento Jesús, extendió la mano, me sostuvo y dijo: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”

En cuanto subimos a la barca, se calmó el viento. Nos acercamos todos a él y lo adoramos, diciendo: “Verdaderamente eres el Hijo de Dios”. Esa experiencia me dio mucha vergüenza. Pero, me ayudó reconocer a Jesús como el Hijo de Dios--quien alimenta a miles, anda sobre el agua, calma tormentas, extiende su mano y me libra de ahogarme.

NARRADOR: ¿Recuerdas otro momento que ahora te pesa?

PEDRO: Si, ciertamente. Pero primero contaré la parte positiva, para ver el contraste. Estuvimos los doce en Cesarea de Filipo y Jesús nos preguntó: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Todos contestamos a la vez, sin orden alguno. Dicen que eres Juan el Bautista, Elías,

Jeremías u otro profeta. Jesús dijo, y ustedes ¿quién decís que soy yo?

Yo me adelanté a todos y contesté-- “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Me sorprendió Jesús cuando me alabó diciendo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la dominarán. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos: todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos”. Terminó diciéndonos que no dijéramos a nadie que Él era Jesús, el Cristo.

NARRADOR: Pero esa experiencia era máxima. Muchísimo se ha dicho y aún se dice acerca de ese diálogo de Jesús contigo. Algunos ven en esa declaración que Jesús te nombró el primer papa, al darte las llaves.

PEDRO: Pero, lo que pasó pocos momentos después me da mucha vergüenza contarte--pero así soy yo.

Me sorprendió Jesús al decirnos que tenía que ir a Jerusalén y padecer mucho a manos de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y que lo iban a matar pero al tercer día resucitar. No era la primera vez que lo había dicho. Solo sé que no me gustó nada lo que yo había oído antes ni ahora. Lo separé de los demás compañeros y con diferentes argumentos insistí que no vaya a Jerusalén, que no permita que eso le pase. Insistí que tenga cuidado consigo mismo.

Pero Jesús me miró con una cara que nunca jamás olvidaré y dijo: “¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en la de los hombres”. Pocos momentos antes estaba eufórico cuando me felicitó por confesar que era el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Pocos momentos después escuché: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!”! Los que dicen que Jesús me nombró el primer papa, nunca mencionan que Jesús, con toda claridad, me llamó Satanás, quítate de mí.

NARRADOR: Supongo que esto te enseñó una gran lección y nunca jamás tuviste que avergonzarte en forma similar. ¡Qué preciosa confesión cuando claramente declaraste que reconocías a Jesús como el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

PEDRO: Ojalá. Pues fui de mal en peor. Aunque Jesús repitió que Él tenía que ir a Jerusalén y padecer mucho a manos de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día, yo, y creo que los demás discípulos--no queríamos oírlo, o no queríamos hacer caso a esa noticia.

Después de celebrar la primer Santa Cena cantamos un himno y fuimos al monte de los Olivos. Jesús nos dijo: Todos ustedes os escandalizaréis de mí esta noche, pues escrito está: “heriré al pastor y las ovejas del rebaño serán dispersadas”. Pero después que haya resucitado, iré delante de ustedes a Galilea”. Yo respondí: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.

Jesús me advirtió diciéndome: “De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me

negarás tres veces”. Yo le contesté enérgicamente: “Aunque tenga que morir contigo, no te negaré”. Y los demás discípulos dijeron lo mismo.

NARRADOR: ¿Qué pasó Pedro?

PEDRO: Primero, en el Jardín de Getsemaní en el Monte de los Olivos Jesús escogió a Santiago, Juan y a mí y nos pidió acompañarle y quedar despiertos, velando con El. Jesús se apartó y tres veces y suplicó: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como tú”. Jesús estaba en agonía, fue gravemente tentado en dejar el propósito para el cual Dios lo había enviado. En su agonía nos pidió, rogó, quedar despierto y velar con él--pero nosotros tres dormimos. Sí dormimos mientras que El sufría derramando gotas de sangre.

Segundo, después de arrestar a Jesús con ayuda de Judas quien lo entregó por 30 pedazos de plata, yo le seguí de lejos. En el patio, calentándome, tres personas en diferentes momentos me reconocieron, sabiendo que había estado con Jesús y detectaron mi forma de hablar. Tres veces dijeron que sí conocía o había estado con Jesús, y yo insistí que no lo conocía, que no había estado con El. No comprendo ahora como pude hacer tal cosa, no entiendo que mi consciencia no me sacudió al decir tan graves mentiras. Fue el cantar de un gallo que me golpeó, y la mirada de Jesús que me invitó volver a Él. Salí del lugar cerca del fuego, a un lugar solitario y frío y lloré hasta que se me acabaron las lágrimas.

PRIMER MOMENTO DE REFLEXIÓN

NARRADOR: Después de la resurrección de Jesús, se dice que El apareció primero a ti, y luego a todos los discípulos mientras estaban detrás de puertas cerradas. Entiendo que Jesús también se presentó mientras tu Pedro y otros estaban pescando en el lago de Galilea. ¿Nos puedes contar esa conversación que Jesús tuvo contigo?

PEDRO: ¿Por qué me tienes que recordar de ese momento de pena y dolor? Sin embargo, confieso que esa experiencia cambió mi vida en servicio a Jesús. Estaban pescando conmigo Tomás, llamado el mellizo, Natanael, Jacobo y Juan, y otros dos discípulos. Nada pescamos en toda la noche. Al amanecer apareció Jesús en la playa sin reconocerlo nosotros. Nos preguntó si teníamos algo de comer. Al decirle que no, nos dijo que echáramos la red a la derecha de la barca. La echamos y no podíamos sacar la red, por la gran cantidad de peces--ciento cincuenta y tres en total, sin romperse la red.

Reconocimos a Jesús. Cocimos los peces sobre brasas y comimos juntos con gran alegría. Después de comer Jesús me preguntó tres veces: Simón, hijo de Jonás ¿me amas más que estos? ¡Qué dolor sentí en mi corazón, cuando Jesús me preguntó tres veces si yo lo amaba más que los otros discípulos! Es verdad, yo me había jactado que no lo dejaría, que antes de apartarme, moriría con El. Pero, negué tres veces conocer al Señor de mi vida.

Como me alegré cuando tres veces Jesús me pidió apacentar, pastorear sus ovejas y sus corderos. Yo había pensado que debido a mi triple negación, ya no podía seguir siendo su discípulo y su ministro. Pero en ese momento El me aseguró que a pesar de mi cobardía, me volvió aceptar como su servidor. Cuanto agradezco al Señor.

NARRADOR: Has sido tan abierto conmigo, aún reportando los momentos más vergonzosos y difíciles de tu vida, por casualidad ¿Había otro momento cuando te sentiste tan seguro de ti mismo, que titubeaste en aceptar la dirección de Dios?

PEDRO: (En Hechos 10 y 11 Sí, ocurrió cuando estaba en Jope y unos hombres enviados por el centurión Cornelio me llevaron a Cesarea para hablarles acerca de Dios. Dios me quiso preparar pidiéndome comer lo que consideré impuro y Dios me regañó diciendo que no llame impuro lo que Él había hecho limpio. Eso no era todo, pues antes de hablarles la palabra de

Dios, seguí mi costumbre y dije a Cornelio y al grupo que se había reunido “Vosotros sabéis cuán abominable es para un judío juntarse o acercarse a un extranjero, pero a mí me ha mostrado Dios que a nadie llame común o impuro”.

A pesar de mis acciones tan vergonzosas, Cornelio, su familia, y amigos aceptaron las Buenas Nuevas de Jesús. Recibieron al Espíritu Santo y hablaron en lenguas. Los fieles de la circuncisión que habían viajado conmigo quedaron atónitos y yo les pregunté: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros? Y mandé bautizarlos en el nombre del Señor Jesús.

NARRADOR: Aún con esa conmovedora experiencia del derramamiento del Espíritu Santo sobre gentiles como Cornelio y su familia, necesito preguntarte, ¿no queda en ti un remanente de duda que Cornelio necesitaba también ser circuncidado?

PEDRO: Sí, es verdad, la circuncisión siguió siendo tema candente en la comunidad de Jerusalén. Reconozco que yo fluctuaba en mi pensar. Déjame explicar.

Hechos 15:1-35: Es que algunos llegados de Jerusalén a Antioquía enseñaban a los hermanos: “Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés no podéis ser salvos”. Pablo y Bernabé contendieron con ellos. Por eso Pablo, Bernabé y otros fueron enviados a Jerusalén para tratar esa cuestión con los apóstoles y ancianos.

Pablo y Bernabé fueron recibidos por la iglesia y contaron todas las cosas que Dios había hecho en la conversión de los gentiles. Unos fariseos convertidos se levantaron y dijeron: “Es necesario circuncidarlos y mandarles que guarden la Ley de Moisés”.

En concilio los apóstoles y los ancianos querían aclarar este asunto. Después de mucha discusión me levanté y les dije lo que había pasado en Cesarea con Cornelio: Dios que conoce los corazones, después del testimonio, les dio al Espíritu Santo lo mismo que a nosotros. Ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. No los circuncidamos, sino bautizamos a hombres y mujeres que creyeron en el Señor. Ahora pues, creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos nosotros de igual modo que ellos.

Cuando todos ellos callaron, Santiago habló: “Por lo cual yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios sino que se les escriba que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre” y les pareció bien a los que estábamos reunidos.

NARRADOR: En Jerusalén estuviste muy claro, Pedro, tan claro que Santiago, el nuevo jefe y todo el concilio aceptaron que no era necesario circuncidar a los gentiles convertidos a la fe en Jesucristo.

Pero leo en la Carta de Pablo a los Gálatas que volviste a caer. Pues Pablo escribió: “Pero cuando Pedro vino a Antioquía, lo reprendí cara a cara porque era de condenar, pues antes que llegaran algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; pero después que llegaron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: “Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?”

Nosotros sabemos que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo. Nosotros hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, por cuanto por las obras de la Ley nadie será justificado”.

PEDRO: Tienes razón volví a titubear y caer. Lamento decir que Santiago/Jacobo también cayó y es él quien está al frente de los judaizantes. Personalmente quiero declarar que al releer las cartas de Pablo y los Evangelios me han fortalecido en la fe. Lo que más me ayudó fue el continúa oferta del perdón de Dios mediante la muerte y resurrección de Jesucristo.

SEGUNDO MOMENTO DE REFLEXIÓN Y REPASO

NARRADOR: ¿Además de las cartas de Pablo, en qué libros hallaste fortalecimiento en el Cristo resucitado?

PEDRO: En los Evangelios y los escritos universales como Hebreos, Santiago, Judas.

NARRADOR: Como ya hemos oído el énfasis en la muerte y resurrección de Jesús en los cuatro evangelios, ¿Qué nos puedes decir de la Epístola a los Hebreos?

PEDRO: El autor desconocido de la Epístola a los Hebreos presenta significantes pasajes describiendo al Cristo glorificado. Una sola vez menciona directamente la resurrección y eso casi al final donde nos da un resumen de todo el libro diciendo: “Que el Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor

Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

En las otras citas donde habla del Cristo glorificado el autor describe a Cristo sentado a la diestra del trono de Dios--después de anunciar que murió en la cruz para salvar del pecado. Así en el Nombre del Cristo glorificado pide a sus lectores permanecer fiel a Él y servirle en gratitud.

En ese mismo contexto del Cristo resucitado y glorificado el autor muestra que Jesucristo es superior a los ángeles, a Moisés, y todos los profetas. Cristo no tiene igual. Él es el mismo ayer,

hoy y por los siglos.

NARRADOR: ¿Hay algún otro énfasis en Hebreos que te impresionó?

PEDRO: Si, referente al sacrificio de Jesús en la cruz. El mismo grupo que dice que soy el primer papa, también enseña que cada vez que el sacerdote consagra los elementos en la Santa Cena, se vuelve a sacrificar el cuerpo de Cristo, como que ese sacrificio incruento es lo que hace posible el perdón.

NARRADOR: Voy a leer unos pasajes de Hebreos: Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

Y repite. No entró para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el lugar santísimo cada año con sangre ajena. Pero ahora, en la consumación de los tiempos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado... Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos.

PEDRO: Esos pasajes están clarísimos acerca del sacrificio único de Jesús siendo válido siempre. Con razón que Jesús nos advirtió que vendrán tiempos cuando se enseñará el error como verdad de Dios. Cuidado hermanos míos.

NARRADOR: Leo en tu Primer Carta (2:9): “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”.

En ningún momento dices en tus cartas--Óiganme, sólo yo tengo el poder de las llaves por ser el representante de Cristo en la tierra. Al contrario dices: vosotros sois real sacerdocio... para que anunciéis las virtudes de Dios. Eso muestra que tienes confianza que por el Espíritu Santo cada creyente puede presentar el mensaje redentor de Jesucristo igual que tú y los apóstoles. En una manera velada declaras que cada cristiano tiene el poder de las llaves.

PEDRO: En mis años con Jesús pensé que sólo yo sabía todo. ¡Cuántas veces erré y Jesús me siguió animando! Aprendí, gracias al Cristo Resucitado, que Él puede cambiar al más vil. No solo me cambió a mí sino también a Pablo, quien antes de su conversión trató de destruir a Cristo y su Iglesia.

NARRADOR: Ya que mencionas a Pablo me gustó lo que escribiste de él: Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito en casi todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen (como también las otras Escrituras) para su propia perdición.

Noto ningún rencor hacia Pablo, aunque sé que hubo entre ustedes serias discusiones. ¿Tienes

algún comentario más?

PEDRO: Aprecié mucho leer en las cartas de Pablo su énfasis en Cristo quien murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Pablo al discutir conmigo, sé que no buscó mi mal, sino mi edificación.

NARRADOR: Muchos agradecen tus dos cartas. Afirman en la fe, animan a personas quedar despiertos y activos hasta el fin, cuando dices: “Amados, no ignoréis que, para el Señor, un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche. Entonces los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas”.

Parece que Judas, hermano del Señor, te copió donde escribes: “Por eso, amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz”.

Judas lo extiende algo diciendo: “A aquel que es poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y poder, ahora y por todos los siglos. Amén”. Para concluir, favor de darnos tu impresión de lo que escribió otro hermano del Señor, Santiago.

PEDRO: Con gusto. Para Santiago=Jacobó, llegar al liderazgo de la Iglesia en Jerusalén y escribir esa carta a los dispersos de las doce tribus es nueva evidencia del poder y la gracia de Dios mediante Cristo el Resucitado. Santiago llama a Jesús “nuestro glorioso Señor Jesucristo”. Al usar glorioso, el adjetivo más común del Antiguo Testamento en describir a Dios, es algo que las doce tribus iban a reconocer.

Recuerden que antes de la resurrección, Santiago y sus hermanos mostraron poco interés en el mensaje y obra de Jesús. Una vez interrumpieron a Jesús. Uno de ellos le dijo tu madre y tus hermanos estamos afuera y te queremos hablar. Jesús les respondió: “¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?” y extendiendo su mano hacia sus discípulos Jesús dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos, pues todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”.

El meollo de esta su carta es lo que Santiago oyó a Jesús decirle en aquel día--mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre--no los que solo verbalizan tener fe en Jesús.

La carta también se parece mucho en forma al Sermón del Monte de Jesús. Contiene consejos y amonestaciones a creyentes en Jesús. Les pide permanecer firmes en la fe durante problemas y tentaciones. Los amonesta contra la parcialidad. Les pide guardar su lengua y evitar enamorarse del mundo. Ellos deben reconocer que el pobre sufre de la mano de ricos. No deben juzgar, tampoco deben pensar que el día de mañana está bajo su control. En todo sed pacientes y orad.

NARRADOR: Para concluir, ¿nos puedes recordar del momento más importante de tu vida?

PEDRO: El momento sobresaliente donde se reúnen muchos factores en mi vida, es cuando los mismísimos jefes del sanedrín que condenaron a Jesús querían también matarme a mí y a Juan por haber sanado a un cojo en el nombre de Jesús resucitado. El Espíritu Santo nos dio valor y me movió declarar: “Gobernantes del pueblo y ancianos de Israel. Puesto que hoy se nos interroga acerca del beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera este ha sido sanado, sea notorio a todos ustedes y a todo el pueblo de Israel que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien ustedes crucificaron y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano. Este Jesús es la piedra rechazada por ustedes los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”.

NARRADOR: Estas preguntas requieren explicaciones. ¿Es verdad que Pedro estuvo casado y tuvo hijos?

Las Escrituras dicen que Jesús curó a la suegra de Pedro de una fiebre. No hay mención del nombre de la esposa ni de la suegra, tampoco se menciona a hijos. San Pablo indica que Pedro tenía esposa e igual que otros apóstoles casados llevó consigo a su esposa en viajes a las iglesias.

¿Estuvo Pedro en Roma? ¿Fundó Pedro la Iglesia en Roma? ¿Cómo y dónde murió? ¿Dónde fue sepultado?

Pedro no estuvo en Roma cuando Pablo escribió su Carta a los Romanos, tampoco estuvo cuando Pablo llegó preso a Roma, por lo tanto se concluye que Pedro no era el fundador de la Iglesia en Roma. Una tradición del segundo siglo dice que Pedro al final de su carrera sufrió el martirio en Roma y que fue sepultado donde ahora está la basílica de San Pedro. Uno puede visitar las excavaciones debajo de la basílica, pero hasta el momento no hay pruebas claras que lo comprueban.